

NOVENA A SANTA MARÍA MAGDALENA

1. Por la señal de la santa Cruz, ...

2. ACTO DE CONTRICIÓN

Señor Jesús, fuente de misericordia, ¿cómo me atrevo yo, tan miserable, sin amor, a expresar el amor de Dios y de la bienaventurada amiga de Dios? ¿Cómo va a desprender mi corazón ese buen olor, si no contiene en si ningún sabor? Tengo conciencia de ti, ¡oh Verdad! Tú me eres testigo, ¡oh Señor, mi dulce Jesús!, de que hago esto por amor de tu amor. Yo siento que tu amor se enciende en mí, porque, tú mismo lo ordenas, no deseo amar más que a ti solo y sacrificar por ti mi espíritu afligido, mi corazón contrito y humillado. Dame, Señor, en este destierro, el pan del dolor y de las lágrimas, de las que tengo hambre más que de la abundancia de delicias. Escúchame a causa del amor y de los méritos de María, tu muy amada; no desprecies, ¡oh dulce Redentor, Jesús!, la oración de un indigno que ha pecado contra ti, sino ayuda más bien los esfuerzos de un enfermo que te ama; arranca mi corazón de su tibieza, y por el fervor de tu amor haz que alcance la eterna contemplación de tu gloria, ¡oh Dios!, que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

3. ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

Oh Santa María Magdalena, que por la fuente de tus lágrimas has llegado a Cristo, fuente de misericordia. Tenías de Él una sed ardiente: El te ha renovado con abundancia y generosidad; pecadora que eras, has sido justificada por Él; en la gran amargura de tu aflicción, Él te ha consolado dulcemente. ¡Oh señora muy querida!, por ti misma has experimentado cómo el alma pecadora se reconcilia con su Creador; tú sabes qué partido debe tomar el alma desgraciada, qué medicina ha de salvar a la que languidece. Porque sabemos muy bien, ¡oh querida amiga de Dios!, que se perdonan muchos pecados a quien ha amado mucho. No me pertenece a mí, cargado de crímenes, el recordar tus pecados en son de reproche, si no es para invocar la inmensidad de la clemencia que les ha borrado. Por ella me tranquilizo para no desesperar; tras de ella suspiro para no perecer yo, miserablemente precipitado en el abismo de los vicios; yo, aplastado por el peso demasiado grande de mis crímenes, arrojado por mí mismo en el oscuro calabozo de los pecados, rodeado por doquiera de las tinieblas del torpor.

A ti, escogida entre las más amadas de Dios; a ti, felicísima, acudo yo miserable; en mis tinieblas imploro tu luz: yo, pecador, a la justificada; yo, impuro, a la purificada. Acuérdate, ¡oh muy clemente!, lo que has sido y cuánta necesidad tuviste de misericordia, y exige para mí esa indulgencia, como quisiste que se tuviera para ti. Pide para mí la compunción de la piedad, las lágrimas de la humildad, el deseo de la patria celestial, el disgusto de esta tierra de destierro, la amargura del arrepentimiento, el temor de los suplicios eternos. Que me aproveche, ¡oh bienaventurada!, de ese trato familiar que tuviste y que tienes con la fuente de la misericordia; piensa en ello a favor mío, para que lave allí mis pecados; comunícame agua de esa fuente para saciar mi sed; derrama sobre mí sus aguas para regar mi aridez, porque no te será difícil obtener lo que quieras del Maestro muy amado y muy amable, que es amigo tuyo. Amén.

4. ORACIÓN PROPIA DEL DÍA

5. DEPRECACIÓN

¡Oh bienaventurada esposa de Dios! Quién dirá con qué benévola familiaridad se interponía Él mismo contra aquellos que te calumniaban, respondiéndoles por ti; con qué bondad te defendía Él mismo cuando el fariseo se indignaba contigo; ¿qué diré yo, o más bien, cómo contaré yo aquella historia cuando, abrasada de amor, le buscabas llorando junto al sepulcro? Cómo, afablemente, amigablemente, venido para consolarte, te abrazaba aún más; cómo estaba presente cuando le buscabas, cómo Él mismo te buscaba cuando le buscabas y llorabas.

Y tú, ¡oh buen Maestro!, ¿por qué preguntabas por qué lloraba? ¿Acaso su corazón no te veía, oh dulce vida de su alma, cruelmente inmolado? Extendido sobre el leño, habías sido suspendido, atravesado con clavos de hierro, como un ladrón que sirve de juguete para esos impíos. No pudiendo impedir que te crucificasen, quiso por lo menos conservar largo tiempo tu cuerpo entre perfumes, por temor a que se corrompiese; no pudiendo hablarle, como si viviere, pudo por lo menos llorarle muerto; y junto al cadáver, se recordaba con palabras entrecortadas la doctrina de vida que había oído de su boca cuando vivía. Había visto ella con sus propios ojos lo que estos hombres crueles hacían cruelmente contra ti, y pensaba que había perdido lo que quedaba de ti saliendo de sus manos. Y no ignorabas tampoco el amor que tú mismo la inspirabas. Lo sabías muy bien tú, ese jardinero que la habías plantado en tu jardín, el de tu alma.

Pero, ¡oh buen Señor, oh Maestro clemente!, he aquí que tu fiel sirvienta, tu discípula, recientemente rescatada por tu sangre, se halla totalmente abrasada y ansiosa con el deseo que tiene de ti; ella mira por todas partes, ella pregunta y por ninguna parte aparece aquel que desea; todo lo que ve la desagrada porque no te ve a ti, el único que ella quiere ver.

La dulzura del amigo se abre camino para enterrar la amargura de las lágrimas. El Señor llama a su sierva con el nombre que la da de ordinario, y la sierva reconoce la voz familiar del Maestro, que vive y reina glorioso, por los siglos de los siglos. Amén

Por los méritos de Santa María Magdalena, pida cada uno al dulcísimo Jesús la merced que desea.

6. Padrenuestro, Ave María y Gloria.

7. Oremos.

Señor, Dios nuestro,
Cristo, tu Unigénito, confió, antes que a nadie,
a María Magdalena
la misión de anunciar a los suyos la alegría pascual;
concédenos a nosotros, por intercesión y el ejemplo
de aquella cuya fiesta celebramos,
anunciar siempre a Cristo resucitado
y verle un día glorioso en el Reino de los cielos.
Por nuestro Señor Jesucristo...

DÍA PRIMERO

Lo tomó, pues, por el hortelano y le dijo: Señor -como que iba a pedirle un favor, le honró con ese título-, si tú lo llevaste, muéstrame dónde lo pusiste, y yo lo cogeré. Como diciéndole: «Yo tengo necesidad de él; tú, en cambio, no». ¡Oh mujer! Tú que crees necesitar a Cristo muerto, reconócelo vivo. Tú lo buscas muerto, y el Señor habla en vida contigo. De nada nos serviría muerto si no hubiese resucitado. Se le buscaba muerto, y se presentó vivo. ¿Cómo vivo? La llama por su nombre: ¡María!, y ella al instante, nada más oír su nombre, le dijo: ¡Rabboni!

El hortelano pudo decir: “¿A quién buscas? ¿Por qué lloras?”.

“*María*”, en cambio, sólo Cristo podía decirlo. La llamó por su nombre el Mismo que la llamó al reino de los cielos. Pronunció el nombre con el que la tenía inscrita en su libro: María. Y ella lo llamó *Rabboni*, esto es, Maestro. Ya había reconocido a quien la iluminaba para que lo reconociera; ya veía a Cristo en quien antes había visto a un hortelano.

DÍA SEGUNDO

Muestra, pues, tu herida al médico, para que puedas ser curado. El la conoce, aunque tú no la descubrieses; pero anhela oír tu voz. Limpia con lágrimas tus cicatrices; de este modo hizo desaparecer el pecado y la fetidez de su desvarío aquella mujer del Evangelio, así deshizo su culpa, cuando lavó con lágrimas los pies de Jesús. ¡Ojalá, Jesús, reserves también para mí el barro de tus pies que ensuciaste mientras caminabas por mí! ¡Ojalá me ofrezcas las manchas de tus plantas, porque yo con mis acciones las estampé en tus pisadas! Pero, ¿dónde encontraré agua viva con la que pueda lavar tus pies? ¡Si no tengo agua, tengo lágrimas, por las que quisiera diluirme, mientras lavo con ellas tus pies! ¿De dónde a mí, que digas de mí: Se le han perdonado sus muchos pecados, porque ha amado mucho? Confieso que tengo más deudas y más se ha perdonado a mí, por eso tengo el temor de ser hallado ingrato, si habiéndome perdonado más, tuviese menos amor. Mas no todos pueden igualar a esta mujer que por sus méritos fue preferida incluso a Simón, a pesar de que éste ofrecía el banquete al Señor. A todos aquellos que quieren merecer el perdón, ella les proporciona una enseñanza al besar los pies de Cristo lavándolos con lágrimas, secándolos con sus cabellos y ungiéndolos con el perfume.

DÍA TERCERO

Y el Señor le dijo: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre.*

¿Qué significa: *No me toques, pues aún no he subido a mi Padre?* Si no podía tocarlo mientras permanecía en la tierra, ¿iba a poder tocarlo una vez sentado en el cielo? Es como si le hubiese dicho: «No me toques ahora; me tocarás entonces, cuando haya subido al Padre».

¿Qué es, pues, tocar sino creer? A Cristo lo tocamos con la fe, y es preferible no tocarlo con las manos y sí con la fe, a tocarlo con las manos y no con la fe. Tocar a Cristo no era nada del otro mundo. Los judíos lo tocaron cuando lo apresaron, cuando lo ataron, cuando lo colgaron; lo tocaron pero, por tocarlo mal,

perdieron lo que tocaron. Tócalo tú con la fe, ¡oh Iglesia católica! Tócalo con la fe. Si piensas que Cristo es solamente hombre, lo has tocado en la tierra. Si crees que Cristo, el Señor, es igual al Padre, entonces lo tocaste ascendido al Padre.

DÍA CUARTO

En el beso indica la caridad; por eso dice el Señor. Que me bese con el beso de su boca. Y los cabellos, ¿qué significan sino que, depuesta toda dignidad de las ínfulas mundanas, conozcas el valor inestimable del perdón divino, para que llorando te postres tú también y, de esta manera, tendido en la tierra humildemente, excites misericordia? En el perfume se expresa el olor de una buena conversión. En efecto, rey era David y decía: Lavaré cada noche mi lecho y regaré con lágrimas mi cama ⁷⁹. Con ello mereció tanta gracia que se eligió de su estirpe una virgen que nos engendró a Cristo con su propio parto. Por esto, también de esta mujer se habla en el Evangelio. No obstante, si no podemos compararnos con ella, el Señor sabe cómo ayudar a los débiles; donde no hay una mujer que pueda preparar el convite, o que pueda traer el perfume, o que pueda llevar consigo una fuente de agua viva, El mismo viene al sepulcro.

DÍA QUINTO

María Magdalena, cuando llegó al sepulcro y no encontró allí el cuerpo del Señor, creyó que alguien se lo había llevado y así lo comunicó a los discípulos. Ellos fueron también al sepulcro, miraron dentro y creyeron que era tal como aquella mujer les había dicho. Y dice el evangelio acerca de ellos; *Los discípulos se volvieron a su casa. Y añade, a continuación: Fuera, junto al sepulcro, estaba María, llorando.*

Lo que hay que considerar en estos hechos es la intensidad del amor que ardía en el corazón de aquella mujer, que no se apartaba del sepulcro, aunque los discípulos se habían marchado de allí. Buscaba al que no había hallado, lo buscaba llorando y, encendida en el fuego de su amor, ardía en deseos de aquel a quien pensaba que se lo habían llevado. Por esto, ella fue la única en verlo entonces, porque se había quedado buscándolo, pues lo que da fuerza a las buenas obras es la perseverancia en ellas, tal como afirma la voz de aquel que es la Verdad en persona: El que persevere hasta el final se salvará.

Primero lo buscó, sin encontrarlo; perseveró luego en la búsqueda, y así fue como lo encontró; con la dilación, iba aumentando su deseo, y este deseo aumentado le valió hallar lo que buscaba. Los santos deseos, en efecto, aumentan con la dilación. Si la dilación los enfría, es porque no son o no eran verdaderos deseos.

DÍA SEXTO

Todo aquel que ha sido capaz de llegar a la verdad es porque ha sentido la fuerza de este amor. Por esto dice David: *Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?* Idénticos sentimientos expresa la Iglesia cuando dice, en el Cantar de los cantares: *Estoy enferma de amor;* y también: *Mi alma se derrite.*

Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas? Se le pregunta la causa de su dolor con la finalidad de aumentar su deseo, ya que, al recordarle a quién busca, se enciende con más fuerza el fuego de su amor.

Jesús le dice: «¡María!» Después de haberla llamado con el nombre genérico de «mujer», sin haber sido reconocido, la llama ahora por su nombre propio. Es como si le dijera:

«Reconoce a aquel que te reconoce a ti. Yo te conozco, no de un modo genérico, como a los demás, sino en especial».

María, al sentirse llamada por su nombre, reconoce al que lo ha pronunciado, y, al momento, lo llama: «*Rabboni*», es decir: «Maestro», ya que el mismo a quien ella buscaba exteriormente era el que interiormente la instruía para que lo buscara.

DÍA SÉPTIMO

María se convierte en testigo de la compasión de Dios; sí, esta María... de quien un fariseo quería romper su impulso de ternura. «*Si este hombre fuera un profeta, se decía, sabría quien es esta mujer que le toca y lo que es: una pecadora*»¹. Pero las lágrimas de María han borrado la suciedad de su cuerpo y de su corazón; se lanzó a los pies de su Salvador, abandonando los caminos del mal. Estaba también sentada a los pies de Jesús y le escuchaba. Cuando estaba vivo lo estrechó entre sus brazos; cuando estuvo muerto, lo buscaba. Y encontró vivo a aquel que buscaba muerto. ¡Encontró tal cantidad de gracia en él que fue ella quien llevó la noticia a los apóstoles, a los mensajeros de Dios!

¿Qué es lo que debemos ver ahí, hermanos míos, sino es la infinita ternura de nuestro Creador, que para avivar nuestra conciencia, por todas partes nos propone el ejemplo de pecadores arrepentidos? Pongo la vista sobre Pedro, miro al ladrón, examino a Zaqueo, me fijo en María, y no veo otra cosa en ellos que llamadas a la esperanza y al arrepentimiento.

DÍA OCTAVO

¿Tu fe se ve acechada por la duda? Mira a Pedro que llora amargamente su debilidad. ¿Estás inflamado de cólera contra tu prójimo? Piensa en el ladrón: en plena agonía se arrepiente y gana la recompensa eterna. ¿La avaricia te seca el corazón? ¿Has despojado a alguien? Mira a Zaqueo que devuelve cuatro veces más los bienes que había quitado a un hombre. ¿Preso de cualquier pasión, has perdido la pureza de la carne? Contempla a María que purifica el amor a la carne en el fuego del amor divino.

Sí, el Dios todopoderoso nos ofrece por todas partes ejemplos y signos de su compasión. Tengamos horror a nuestros pecados, incluso los de hace más años. El Dios todopoderoso olvida gustosamente que hemos cometido el mal, y está siempre a punto de mirar nuestro arrepentimiento como si fuera la misma inocencia. Nosotros, que después de las aguas de la salvación, las hemos ensuciado, renazcamos por nuestras lágrimas... Nuestro Redentor consolará un día vuestras lágrimas en su gozo eterno.

¹ Lc 7,39

DÍA NOVENO

¡Ojalá te dignes acercarte, Señor Jesús, a este sepulcro mío y con lágrimas me laves! Porque mis ojos se han endurecido y no tengo tantas lágrimas para poder lavar mis pecados. Si tú lloras por mí, estoy salvado; si fuere digno de tus lágrimas, haría desaparecer la fetidez de todas las culpas; si consigo que derrames por mí algunas lágrimas, me llamarás del sepulcro de este cuerpo humano y dirás: Sal fuera, para que mis pensamientos no permanezcan encerrados en las angustias de este cuerpo, sino que salgan hacia Cristo y se sumerjan en la luz; para que no piense en obras tenebrosas, sino en obras de luz. Pues el que piensa el pecado, se esfuerza por encerrarse a sí mismo dentro de su conciencia. Llama, pues, afuera a tu siervo. Ligado por los lazos de mis pecados, encadenados los pies, sujetas las manos y sepultado ahora por mis pensamientos y obras muertas, cuando tú me llames saldré libre y apareceré como uno de los que se sientan en el banquete y tu casa quedará llena del valioso perfume; si te has dignado redimirme, no dejarás de guardarme.

GOZOS

ESTRIBILLO

Pues vuestras Lágrimas son
lo que a Dios tanto enamora.

*Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición.*

1. Vuestros ojos Magdalena
cautivando corazones
fueron dulces eslabones
del pecado y la cadena,
pero ya en mejor prisión
los detiene el llanto ahora.

*Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición.*

2.Pecadora en la ciudad
llorando reconocida
buscando en lluvia de vida
arca de serenidad,
siendo en vuestra conversión
del sol de la gracia aurora.

***Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición.***

3.A Cristo tres Reyes Sabios
dieron Mirra, Incienso y Oro
y vos por mejor tesoro
cabellos, ojos y labios;
amorosa adoración
que vuestra prenda mejora.

***Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición.***

4.Al pie del Sacro Madero
recogéis enamorada
aquella tierra regada
con la sangre del Cordero
adorando en su pasión
lo que el mundo ciego ignora.

***Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición***

5. De Cristo resucitado
sois primera luz hermosa
y Apóstol Misteriosa
de su mismo apostolado,
pues de su Resurrección
sois divina precursora.

***Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición.***

6. En un régimen austero
ayunasteis treinta y tres años
lacero de desengaños
y de penitencia modelo;
norte sois de salvación
al que os busca intercesora.

***Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición.***

7. Que tus lágrimas nos des
en este valle rogamos
pues la vida en que estamos
valle de lágrimas es,
y en esta petición
sednos madre protectora.

***Alcanzadnos fiel Señora
verdadera contrición.***

8. Si Cristo ofrece el perdón
a quien vuestro auxilio implora

Sednos madre y fiel Señora

Alcanzadnos contrición.